



Mauricio, Julio

la valija / Julio Mauricio ; ilustrado por Oscar Ortiz. - 1a ed. -  
Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2008.

60 p. : il. ; 17x12 cm. (El país teatral)

ISBN 978-987-9433-59-1

1. Teatro Argentino. I. Ortiz, Oscar, ilus. II. Título  
CDD A862

Fecha de catalogación: 14/03/2008

Fecha de catalogación: 07/10/2011

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta n° N° 299/10

CONSEJO EDITORIAL

- > Carlos Leyes
- > Ariel Molina
- > Marcelo Lacerna
- > Claudio Pansera
- > Rodolfo Pacheco
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Graciela Holfeltz
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño y diagramación*)
- > Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro  
ISBN: 978-987-9433-59-1

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.  
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.  
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, noviembre de 2011.  
Primera edición: 2.500 ejemplares

**nada del amor  
me produce  
envidia**

---

*Santiago Loza*



## > nada del amor me produce envidia

---

*UN CUARTO DE COSTURERA. EN EL MEDIO DEL ESPACIO, UN MANIQUÍ QUE REMEDA UN TORSO FEMENINO. CON UN PIE DE MADERA. ELLA, LA COSTURERA, SE DIRIGE A ÉL. LE HABLA, LO MIRA. AL FONDO HAY UN BIOMBO. UNA MÁQUINA DE COSER.*

*EN UN COSTADO, EVIDENTEMENTE FUERA DEL MUNDO DE LA COSTURERA, UN MICRÓFONO DE PIE (O PODRÍA BAJAR DEL TECHO). ELLA CANTA SUS TANGOS, ILUMINADA POR UN SEGUIDOR COMO UNA ESTRELLA.*

Vamos a parlotear un poco, como para que no se nos seque la lengua.

Esas cosas pasan. Lo de la lengua seca como la pampa. Como que si una no mueve la lengua y ejercita la garganta el sonido sale a lo bruto. Mejor ir afinando, usted comprende lo de afinar... usted, mire que le hablo sin sexo, es buena para el parloteo.

Me gusta la palabra parloteo, así como me gusta la palabra locutor, como retumbando la R, locutor... y me gusta más la palabra interlocutor... como si la R sonara más todavía, interlocutor... usted es interlocutor... yo que soy más bien oreja, muevo la cabeza mientras le hago el dobladillo, tengo siempre alfileres apretados en los labios, solo muevo la cabeza, tenga o no tenga alfileres, los labios hay que tenerlos cerrados, no vaya a ser cosa que una diga lo que no debe... desde chica, con las clientas lo de los alfileres resulta... y mire que por estos lados se escucha de todo, pero yo, una tumba, una tumba con alfileres,

los alfileres son como las flores en esta boca de tumba. Pero ahora que se fueron aprovecho para mover las cuerdas. No sé si se da cuenta de que cuando hablo muevo cuerdas.

Esas cuerdas que nadie ve pero tiemblan... como esa vez que un hombre me acarició la garganta y las cuerdas temblaron en un sonido mudo, como un quejido seco... y pensé, si se da cuenta, qué vergüenza, qué falta de recato, cuerdas traicioneras...

Como las cuerdas de los violines y guitarras... esas cuerdas que suenan en las películas cuando las parejas se tocan... esas cuerdas no sonaron cuando me tocó. Me refiero a que esperé que una música de violines nos envolviera pero no... se oía el sonido de su respiración cerca de mi cara y el quejido que venía de mi garganta... será porque yo no estaba preparada, era una purreta que poco sabía de esos menesteres... tampoco supe mucho más después... debió ser por la incomodidad del momento que no se volvió a repetir... fue durante el carnaval... después de un baile... en un rincón en el club... yo tenía la cabeza llena de espuma y papel picado... él se ofreció a limpiarme y le dije que sí, que claro, sin saber que no tenía intenciones santas para conmigo, así son los hombres... era buen mozo... ahí contra la pared, con su aliento cerca, lo pude ver bien... debió ser el quejido que me salió de la garganta lo que hizo que me soltara. Como si tuviera miedo de haberme acogotado. Me miró mientras se alejaba y dijo algo que no entendí por el ruido de una comparsa que

pasaba, lo vi cuando se alejaba corriendo... y la garganta me quedó como afiebrada... durante días usé un pañuelo de seda atado para aflojar ese dolor...

Me voy de tema.

Las cuerdas, dicen que todo pasaba por las cuerdas, me refiero a ella, a ella que tenía las cuerdas demasiado finas. Por eso cantaba como los pájaros, una voz de ave pichona, así le quedó la voz, como un pajarito...

*Tema.*

Ahí se aclaró la garganta. Sé que Libertad hace gárgaras con claras de huevo a la mañana. Eso hace bien... y ella hace lo que hace bien. Seguro que tiene una persona para que le rompa media docena de huevos, separe la yema de la clara, las bata y las entibie para sus gárgaras.

Por eso tiene la voz así, por la clara de los huevos, todo tiene que ver con los pájaros, si usted entiende. ¡Qué plato, acabo de darme cuenta de que los pájaros tienen alas como los ángeles!

O los ángeles tienen alas como los pájaros. No sé quién tuvo alas primero...

La cuestión es que cada vez que pienso en Libertad la pienso como un ángel... por eso de los ángeles me deben gustar los tules y los vestidos de novias... todas blancas y vaporosas... la novia inmaculada sostenida por querubines con culitos aterciopelados...

Yo he vestido novias que habían sido deshonradas, de esas cosas una se da cuenta... cuando les pruebo el

vestido, a veces descubro abultados los vientres y a buen entendedor pocas palabras... me refiero a que siempre busqué la forma de disimular la situación de esas muchachas... favorecerlas... evitar los chismes... siempre hay un pliegue, un volado, una costura que puede ocultar ese tipo de cosas... en eso soy una experta como quien dice... en guardar todos los secretos, como que una se acostumbra... a fin de cuentas, los trapos son para tapar la carne.

No se puede andar en cueros por ahí, sería espantoso, para eso está la ropa... siempre me asustó un poco lo de los cuerpos desvestidos, para eso pongo el biombo, para que se cambien ahí atrás, pero algunas entran en confianza... como si yo no existiera y estuvieran encerradas frente a un espejo... eso pasa... lo de dejar de existir pasa...

... las novias dejan de existir... por eso el vestido... dejan de ser la mujercita que fueron... el vestido se usa una sola vez, está hecho para la envidia de las solteras y para el placer del marido en abrirlo, en ir quitando telas... por eso un buen vestido de novia debe tener muchas capas, para que al marido le cueste llegar a la última capa... al centro, me refiero...

... a veces lo traen a los meses, destrozado, y yo les pregunto qué pasó y ellas me dicen que el marido estaba impaciente y a veces me parece raro... he visto muchachos con cara de angelotes que han dejado el vestido hecho una pena...

... una pena es que no cuiden lo que a una le costó tantas noches sin dormir... que en la lujuria no sepan

valorar el trabajo que una hizo...  
... y a esto no lo digo por envidia...  
... nada del amor me produce envidia...  
... por eso me gustan los ángeles... porque son  
blanquitos y no saben de lujuria...  
Como Libertad, la novia de América... una novia  
blanca y eternamente virgen... una novia sin sexo  
cantando descalza sobre todo el continente...  
sonriendo desde una pantalla plateada y con esa voz  
que rompía fronteras... a usted Libertad amada por  
todos los hombres... a usted la invoco llena de luz...  
novia inmaculada de las funciones de la tarde... a  
usted la imito hasta el hartazgo... no, envidia no le  
tengo... la envidia es otra cosa... una cosa que no se  
puede ocultar... como la mancha que queda sobre el  
vestido blanco de algunas novias trasnochadas...  
La envidia...

*Envidia (tema).*

... el amor... siempre hablando del amor. No sé qué le  
ven... qué tanto le ven al amor... amor, amor, amor,  
esas cosas de las que hablan las clientas todo el  
tiempo... todas las canciones de amor se parecen... los  
tangos... todo ese amor sin rumbo... el amor... el  
amor, la palabra amor... El amor es esa cosa que les  
pasa siempre a los otros...  
... la palabra me parece pegajosa... como si se quedara  
adherida al paladar al pronunciarla... el amor... son  
esas cosas que hacen los actores con anteojos negros...  
el amor de las solteras como yo es algo más

reducido... me refiero a lo que puedo hacer con estas telas, a mi capacidad de coser y descoser, de imitar un vestido de una vidriera parisina sin haber pisado Europa, de recordar cuando vino Libertad y le tomé las medidas temblando con estas manos... eso es amor... un amor sin hombre... es el amor de las costureras... usted lo entiende... porque usted es neutra...

Usted es mi interlocutor. Así con R sonando al final de la frase.

Y yo soy la soltera que viste a todas las enamoradas... qué papel más triste me ha tocado en esta farsa...

*Nunca tuvo novio (tema). Pobre solterona te has quedado, sin ilusión...*

Pero vamos a los hechos, y a lo hecho pecho, como quien dice.

Y hay un momento en que hay que cortar por lo sano y dejar de dar vueltas, lo digo yo que me dedico al corte.

Qué plato, no me había dado cuenta, eso de darle un corte al asunto, lo de tener tela para cortar...

Nunca había visto una tela igual, el día que la trajeron pensé (y no me equivoqué al pensarlo) que esa tela marcaba un antes y un después en mi vida... me refiero a la vida profesional, esta vida que viví en estas paredes. Que algo iba a pasar aquí dentro, algo importante del mundo se instalaba acá en el medio, en esta sala, me di cuenta ni bien toqué la tela y pregunté para quién sería el vestido...

Me voy a detener acá en la tela, me voy a detener porque en ese momento se detuvo todo... una vez fui al teatro y vi eso, que por momentos, en el escenario, todo se apagaba y una sola luz, muy puntual iluminaba una persona y uno entendía: se detuvo todo, esta persona está y no está. Presente y ausente al mismo tiempo.

Algo así me pasó, acaricié la tela y era como si mi tacto hubiera estado dormido durante años y se despertara limpio y joven... era un placer que comenzaba en la palma de la mano y se extendía por el resto del cuerpo.

Hilos de una seda que nunca había conocido, seguramente provenía de un Oriente que solo existe en esos cuentos raros, al rozar sentí las manos pequeñas de las mujeres que recogieron esos capullos de los gusanos, las manos gastadas de las ancianas que armaron los hilos en rucas de madera al lado de un río de aguas transparentes, las manos rudas de los hombres que plegaron y enrollaron la tela sobre un palo de bambú, las manos vencidas de los que la transportaron en barco, las manos perfumadas de tabaco del hombre que finalmente acariciará el vestido, las manos ásperas de la criada que lo lavará con cuidado y envidia, las manos sucias de la pordiosera que después de muchos años, y convertido en harapo, se lo pondrá entre otros harapos hasta que se desintegre en la basura y las manitos minúsculas de los gusanos lo devoren para formar otro capullo y así seguir...

Algo de todas esas manos en mi mano, algo del infinito me produjo acariciar la tela y pregunté de nuevo, porque no había escuchado, ¿para quién será el vestido? Si me lo había dicho, no lo pude escuchar o no lo pude creer. “Libertad, es para Libertad”, dijo. ¿Libertad la que le dio un tortazo a Evita? ¿Esa Libertad? ¿La que canta con voz de canario?

La misma que viste y calza.

Son momentos como esos en los que una se siente así, como disminuida, usted me va a entender. Como que una se siente poca cosa, la forma en que yo repetí la palabra “Libertad” tenía que ver con eso, como si dijera quién soy yo para que venga y tomarle las medidas. Y ajustarle la sisa, y mirar los defectos del cuerpo y ocultar esos defectos y olvidar esos defectos que para eso a una le pagan.

A eso me refiero a que una se siente poca cosa.

No digo que una lo sienta siempre, como que una se olvida, me refiero a que una no tiene tiempo de darse cuenta de lo poco y lo mucho porque siempre hay que hacer una entrega, que casamiento, que fiesta patronal, que baile de quince, usted lo entiende, usted ahí parada sabe que a veces una se pierde y no hay día ni noche sino entregar el vestido en forma y plazo. No hay testigo de eso, salvo usted y mis ojeras. Entonces alguien llega y propone un vestido para Libertad. Y la palabra “Libertad” es tan grande que una se siente como poco.

Cuando me quedé sola. Me senté y se me vino el alma al piso, miré la tela de lejos y me puse triste, usted lo

entiende, no voy a poder hacer ese vestido porque esas cosas son importantes, hacer un vestido así es como cumplir con una misión del destino, si es que hay destino... Digo que no son cosas que le pasen a una, que vengan a este cuarto y... me quedé horas en silencio... quieta... como vencida.

*... Qué ganas de llorar, en esta tarde gris... (tema).*

Cómo le iba a dar una cachetada si era ella más bien menudita.

Había solo que verla para darse cuenta de que era incapaz de pegar a nadie...

Además, mire si se iba a meter con Eva, meterse con ella era como meterse con el General y nadie se mete con el General... ni yo digo cosas sobre el General, ni yo en estas cuatro paredes ni a las clientas que cuando sacan el tema del General yo hago como si no escuchara y estuviera concentrada en otras cosas... no es que esté en contra, tampoco a favor, no estoy ni a favor ni en contra, si me da igual, me da igual lo que haga con los obreros y las fábricas... a mí qué me cambia... no me cambia, yo vivo igual con General o sin General... pero eso no se lo dije... no me adelanto. Eso de tener que decidir, creí que nunca me iba a pasar. Vamos por paso, primero el molde como quien dice. El día que vino Libertad me temblaban las piernas, me pasé toda la noche limpiando, plumereando por todos lados porque se me hacía que debía ser limpita, tan impecable se la veía en las películas. Me puse lo mejor que tenía para recibirla.

Me olvidaba de lo más importante: el vestido estaba listo. O casi listo, había que darle unas puntadas y listo. Y, modestia aparte, le hice honor a la tela, me quedó una pinturita.

Lo puse ahí en medio de la sala, ahí donde está usted. Acerqué el velador y apunté la luz para que se viera bien. Como para que se note.

Era un vestido para una reina. Como que si hubiera reina de la Argentina seguro que en algún momento usaba ese vestido. Pero este no es un país de reinas, mucho viento y tierra para una reina, mucha salvajada dando vuelta, poca gente fina como quien dice...

... eso sí me llamó la atención, no es que la clientela que tengo sea ordinaria, pero gente fina, realmente fina, poco y nada...

Libertad era lo más parecido a lo que una costurera como yo cree de la elegancia.

Chiquita era, pero elegante.

Digo lo de chiquita porque ni bien la vi, me desilusionó un poco.

Se ve que el cine agranda. No sé, como si la gente en el cine no tuviera estatura humana, como si fueran gigantes. No sé, hay algo que al principio desilusiona. El primer rato, mientras la medía pensé, bueno, al final no era para tanto. Era carne y hueso como quien dice, de espectacular, nada...

... pero después la cosa se revertía. Tenía algo en la mirada, o la forma de moverse, me preguntaba qué tenía... ¿qué tenía?... sí, tenía elegancia, eso era lo que tenía...

... pensé, “en Europa todas las mujeres deben ser como ella”. Quizás un poco más altas, pero una podía imaginar a mujeres así, elegantes, fumando por los Campos Elíseos... eso es la elegancia... vestidos moldeados al cuerpo y ese andar cuidadoso. Como pisando y no pisando al mismo tiempo. Como si pisar la tierra fuera una cosa... una cosa vulgar... mundana... Ella era muy argentina y europea al mismo tiempo, no sé si me sigue, porque quiero llegar al nudo de la cosa. Chiquita y elegante. Apenas me dirigió la palabra. Le pregunté si le gustaba, si el vestido era de su agrado, no dijo ni sí ni no, dijo que algo había que cambiarle, alguna cosa... dijo alguna cosa... así, indefinida...

Para mí el vestido era perfecto, no tenía ninguna falla, era de lo mejor que hicieron estas manos... entonces levanté la vista, porque estaba agachada, y desde abajo se me escaparon las palabras, “por qué”... me escuché preguntando insolente, y se hizo un silencio de tumba... me arrepentí, juro que me arrepentí de la pregunta, pero ya era tarde, las palabras habían escapado de mi boca y ella entrecerró los ojos y en el medio del silencio, murmuró: “No me convence... podría ser un vestido para la Duarte”.

Eso creí escuchar.

Hubiera hecho bien en morderme la lengua hasta que sangrara, para no hablar más y quedar mutilada de palabras.

Vi que dejaba caer así el rostro, para un costado, como en la película *Besos brujos*, antes de que cantara lo que cantara, era como si una parte suya se

desmayara. No era un desmayo total, era un semidesmayo, un desmayo a mitad de camino. Y desde la profundidad de ese cuerpo salía su voz.

*Besos brujos (tema).*

Una cree que nada extraordinario puede suceder en esta vida... me refiero a que yo sé qué cosas puedo esperar... es como las clientas, los moldes y los vestidos, ellas me hablan y yo ya puedo ver el vestido. Y ese vestido que veo con la mente no es tan diferente al vestido final, no sé si me explico.

Como si no hubiera sorpresa, me refiero a que todo, y con esto me refiero a todo, está dentro de lo posible. Digo para que nos entendamos, yo soy una costurera de barrio. No hace falta ser vidente para adivinar el futuro de una costurera. A eso me refiero.

Me refiero a que el día en que llegó Libertad sentí... pero lo sentí como un sacudón en el cuerpo, de que lo extraordinario había pasado... y cómo pasan las cosas... cuando ella se fue y me quedé sola, acá... sentí con más violencia en el cuerpo que ese momento también había pasado...

Me refiero a que lo extraordinario no se planea... pero tampoco se repite...

*Silencio (tema).*

Todo esto que digo sobre lo extraordinario es lo que pensé a propósito del encuentro con Libertad... lo seguí pensando algunos días... sin darme cuenta... sin saber lo equivocada que estaba...

Lo extraordinario, cuando sucede, se instala con una fuerza que abre una puerta desconocida, nueva, donde eso puede volver a repetirse... no sé si me explico...

Me pongo de ejemplo, a falta de otro ejemplo en este lugar.

Yo estaba acá. El vestido estaba casi listo.

Golpean la puerta y un señor me avisa que la Señora ha escuchado de mi fama... “¿Qué fama?”, le digo, creyendo que me tomaba el pelo... “Su fama –repetió serio–, la Señora está en el auto... ¿podemos mantener esto en secreto?”... “¿Qué Señora?”, le digo... “La Señora –repite–, ¿acaso hay otra?”... y en ese momento la veo descender del auto. Yo nunca uso la palabra descender, en otra oportunidad diría “bajó del auto” y chau picho... pero ella no bajó, ella descendió del mismo modo que descienden los ángeles en los sueños y nos besan la frente...

... algo de eso había... Ella era una aparición que no tenía que ver con el mundo...

... El momento en que vi a Evita entrar en mi taller creí que me había muerto, que todo eso era parte de lo que dicen que pasa en la vida eterna...

... Debo estar pensando en la eternidad, fue una eternidad lo que tardé en poder hablar de nuevo... balbucear una palabra que tenga sentido...

Ella caminó recorriendo este lugar... pensé cómo alguien puede caminar tanto en un lugar tan chico, tocó las telas, se fijó en las costuras.

“¿Qué desea de mí, Señora?”, me atreví a preguntar.

Hubo silencio.

En el centro del cuarto estaba el vestido de Libertad, flamante, recién terminado.

Se detuvo. Lo miró detenidamente.

–¿Cuánto cuesta? –me dijo.

–Es de una clienta –le dije.

–No es lo que pregunté, no quiero repetir la pregunta.

–No se vende... es de una clienta. Le puedo hacer algo que se asemeje.

–No quiero algo parecido, quiero ese.

Me temblaron las piernas. Me faltaba el aire.

–No está terminado, le falta...

–¿Qué le falta? –me interrumpió...

“Tiempo”... me hubiera gustado decir, me falta tiempo para entender esto, pero no dije nada, me quedé callada...

El hombre que la acompañaba tenía un traje gris oscuro, y un pañuelo bordado le sobresalía del bolsillo, no lo había notado antes, reparé en eso cuando se interpuso entre la señora y yo extendiendo su mano y entregándome un sobre que decía “Información confidencial”, lo abrí temblando, en un papel membretado con el escudo presidencial, alguien, algún secretario aburrido, había mecanografiado unos números en clave. Inmediatamente me di cuenta de que eran las medidas de Evita. Pasé la mirada sobre el papel, lo único que me llamó la atención es que tuviera tan poco de busto... que fuera más bien chata...

... esas nimiedades... esas cosas en las que una se fija y después se olvidan... me refiero a los detalles, soy de

quedarme fijada en los detalles. Eso hace la diferencia en este oficio, la preocupación por el detalle.

No es que yo sea mejor que tantas otras, lo que me diferencia es que soy detallista.

Por ahí creo que la vida está hecha de detalles y una es la que los une, como se unen dos retazos de tela para crear una unidad.

Yo soy los detalles.

El calor que me quedó en la mano cuando Eva me apretó para despedirse... ella apretaba la mano fuerte, como un hombre, con ese tipo de firmeza.

Con las clientas me beso al despedirme, como que hay cierta cosa familiar. Un beso en la mejilla y hasta la próxima.

Pero ella me dio la mano, yo estiré la cara como reflejo, como para dar un beso de mejilla pero ella extendió su brazo, y yo me quedé así, con el cogote estirado y el cuerpo inclinado hacia ella. Casi pierdo el equilibrio al no tener el apoyo de la otra mejilla como quien dice, casi caigo de boca, qué plato, me imaginé un momento tirada en el piso a los pies de Eva, reptando como un animal de pantano... eso, me sentí como si fuera de otra especie, no humana, cuando ella me dio la mano, una alimaña, eso, así se le dice a esos bichos... no me miró a los ojos, solo apretó y sentí los huesos de la mano... la conciencia de los huesos de la mano. ¿Vio que una no repara en los huesos hasta que duelen? Como que los huesos están y no están hasta que se aprietan fuerte... esa conciencia de animales y huesos, eso me pasaba...

... Eso es lo bueno de que este cuarto no tengas ventanas.

Una no lo piensa hasta que pasan esas cosas. Cuando Eva se fue, pensé, “menos mal que no tengo ventana”. Si alguien me hubiera visto en ese momento se hubiera espantado. Lo que había encerrado en este sitio no era una humilde costurera... no, era esa cosa que antes mencioné... una cosa no humana...

Una fiera de una especie no reconocida...

Me salía espuma por la boca... los ojos en blanco, me arrastré por los rincones... arañé las telas... mordí la madera de la silla... todas esas marcas que se pueden ver por ahí...

Me había animalizado.

Eso debe ser la locura, abandonar todos los modales. Cuando estaba todo revuelto, hecho un desorden imposible, cuando no había forma de revolver más este cuarto me quedé quieta, jadeando, traspirada.

Y frente a mí, ahí, el vestido. Resplandeciente.

“No puedo elegir –pensé–, si le doy el vestido a Libertad será mi perdición... si le doy el vestido a Eva estaré maldita por los siglos de los siglos”...

Cuando hablo de lo extraordinario me refiero también a la fatalidad que acontece cuando ha pasado... a las desgracias que le suceden... al precio que hay que pagar cuando lo maravilloso entra a un espacio reducido como este.

Y yo no soy de las personas que deciden.

El mundo está compuesto por dos clases de personas: las que deciden y las que acatan.

Yo pertenezco a la segunda categoría.

Usted me dirá que yo decido los cortes, algunas formas y yo le contesto que no. Más bien acompaño la decisión de alguna clienta, pero decidir, no, nunca decidí.

Ni de niña decidía, siempre aceptando. Haciendo así con la cabeza, bajando la vista, nunca mirar a los ojos, esas cosas que hace la gente obediente. A veces con rencor, pero esos gestos lo disimulan.

Y eso que cuentan: lo de tener que decidir entre dos amores, entre el amor de un hombre u otro, a mí no me pasó.

Somos de razas distintas, Libertad y Eva son de una raza, yo de otra... aunque a veces las cosas se confundan.

Me voy a explicar... es el poder... decidir tiene poder... solo tiene poder el que puede... Ese día, en este cuarto... cuando me quedé sola, sentí que no era la visita de Eva ni el encuentro con Libertad lo extraordinario... era otra cosa... era que por primera vez, acá, sola, frente a este vestido, la que tenía el poder era yo.

Y me pasó eso, que dije “yo” en el silencio, y otras veces cuando decía “yo” era como si nada, como si no tuviera peso, como si la palabra flotara y no era necesario decir “yo” porque yo no significaba nada.

Pero esa vez, cuando dije YO lo sentí con fuerza, con peso y poder.

Yo hice ese vestido.

Yo puedo entregárselo a Eva o a Libertad.

Yo triunfaré como modista en las galas presidenciales.  
Yo seré la mujer de la que todas hablan, la costurera disputada que hizo el vestido que todas desean.

Yo... yo... repetí “yo” como ochenta veces y a medida que lo repetía esa fuerza que tenía se iba perdiendo. Se debilitaba.

“Yo”, dije finalmente, sola con mi alma, qué haré con mi decisión... al fin y al cabo todos esperamos una vida para decidir cosas como estas, y cuando ocurren no estamos preparados... como si el cuerpo se resistiera y doliera... y el único deseo que existe es que pase todo... que pase lo que pase y que todo vuelva como era antes... igual... con mi yo diluido y todo...

Entonces cerré las puertas.

Todas las puertas.

Arrastré muebles contra las puertas para trabarlas, para que nadie pudiera forzarlas o al menos que les cueste más...

Vi el desorden que había dejado mi arrebato.

En el centro, ahí donde está usted, se mantenía quieto el vestido. Un testigo mudo de mi locura.

Y lo que hice a continuación es mi secreto, se lo cuento a usted que no me va a juzgar... que no va a decir ni pío... una tumba, escuchó, una tumba...

Como si algo me poseyera enloquecida, mi ropa, esta modesta ropa me ardía en el cuerpo.

No hay nadie, me dije, no hay nadie, estoy sola, y no va que ni bien dije eso, me desnudé.

No es que antes no me haya desnudado, lo hago cada

dos días para darme un baño, pero solo ahí, con la ducha abierta y rápido para no desperdiciar el agua.

Pero nunca me había desnudado sin una razón.

Eso era, desnuda como una loca bailé por todo este cuarto.

Canté de la forma que lo hace Libertad, canté para mí como nadie me cantó ni me cantará.

Me vi desnuda de cuerpo entero en ese espejo.

Después me acerqué a donde está usted y despacio, como quien disfruta con malicia, me fui poniendo el vestido... despacio muy despacio... dejando que la tela me acaricie...

Me puse derecha, erguida, levantando la cabeza hacia el techo. Y de refilón, me miré de nuevo en el espejo y sucedió el asombro...

... No había una costurera de barrio disfrazada, no, lo que veía era una reina enloquecida...

Eso de que la mona por más que se vista de seda, mona queda, es una mentira, dejen que vista a la mona y la transformo en princesa. Nadie va a suponer que hay una mona debajo de la belleza.

No, no era solo que me sentí reina, también sentí la soledad de los reinados. El silencio que queda cuando los súbditos se han ido, el temblor después de todas las órdenes impartidas, el desagrado que produce la acumulación de halagos... esa soledad de las reinas... era lo que pude ver en ellas... en el fondo de cada una... no lo noté cuando estuvieron aquí, sino al recordarlas. Libertad y Eva estaban solas, eso pensé. "Todos esos hombres, todas las alhajas, todo ese

tributo para nada”, pensé... tanta cosa para terminar disputándose este vestido.

Puede ser que sea un consuelo, pero a veces es necesario pensar esas cosas. En la soledad ajena.

Todo eso que pensé con el vestido, todo mojado por el sudor.

“Y entonces -me dije-, no se lo voy a dar, ni a la una ni a la otra. Este vestido es mío, como este momento, tan secreto y mío que no se lo doy a nadie”.

Y yo tenía esos frascos de alcohol, para sacar las manchas. Y esos perfumes, y no se lo diga a nadie porque todos pensaron que fue accidente, pero mientras bailaba con el vestido puesto iba tirando por todas partes... vaciando los frascos y seguía bailando y el aroma profundo del alcohol me mareaba y le juro que si existe la felicidad debe ser algo parecido a eso y fue solo cuestión de prender un mísero fósforo, lo tire ahí donde está usted, y esa felicidad se hizo fogata... usted me va a decir que estuve loca y no se lo voy a negar pero es así como bailé con ese vestido de fuego, entre las telas que se iban consumiendo como se consumen los amores apasionados.

Bailé hasta que el fuego me devoró... es tan parecido el cielo del infierno... le juro que todavía veo todo ese fuego junto y debe haber algo que nos purifica en cada llamarada... porque después... cuando el fuego se apagó... y quedaron los escombros y las cenizas... no encontraron nada, ni los restos de vestidos ni partes de mi cuerpo... todo se había consumido...

esfumado... algunos dudaron de mi existencia... otros dijeron que salí corriendo por las calles como una antorcha humana. Que caí al río donde el agua me apagó y la corriente me arrastró hacia el mar... otros dijeron que el incendio tapaba las evidencias de oscuros negocios que hacía por la noches en este cuarto... se habló de juego clandestino y drogas exóticas... otros dijeron que el incendio era para escapar de mi doble vida de costurera diurna y prostituta nocturna... todas esas versiones se fueron apagando del mismo modo que se apagó el incendio... Todos confluyeron en el olvido.

Libertad y Eva también, me olvidaron pronto. Un día también se olvidaron una de la otra.

Eva, ya todos saben qué pasó...

Libertad vivió mucho tiempo y se fue lejos.

Y yo...

Es difícil imaginar que una pudo ser tan feliz, se lo digo a usted que lo sabe.

Que la plenitud es un momento de arrebató y después viene la nada... usted me acompaña en esta nada... en este paraíso chico... esta vida eterna cosiendo y descosiendo... el cielo reducido de las costureras...

... la eternidad...

No estoy sola... usted me acompaña...

*febrero de 2008*



## > ediciones inteatro

---

- narradores y dramaturgos  
Juan José Saer, Mauricio Kartun  
Ricardo Piglia, Ricardo Monti  
Andrés Rivera, Roberto Cossa  
En coedición con la Universidad  
Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!  
de Pedro Asquini  
Prólogo: Eduardo Pavlovsky  
En coedición con la Universidad  
Nacional del Litoral
- obras breves  
Incluye textos de Viviana Holz,  
Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto,  
Ariel Barchilón, Lauro Campos,  
Carlos Carrique, Santiago Serrano,  
Mario Costello, Patricia Suárez,  
Susana Torres Molina, Jorge Rafael  
Otegui y Ricardo Thierry Calderón  
de la Barca
- de escénicas y partidas  
de Alejandro Finzi  
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)  
Obras completas de Alberto Adellach  
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I),  
Rubens Correa (Tomo II) y  
Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas  
Aproximación al teatro de  
Paco Giménez  
de José Luis Valenzuela  
Prólogos: Jorge Dubatti y  
Cipriano Argüello Pitt
- siete autores  
(la nueva generación)  
Prólogo: María de los Ángeles  
González  
Incluye obras de Maximiliano de la  
Puente, Alberto Rojas Apel, María  
Laura Fernández, Andrés Binetti,  
Agustín Martínez, Leonel  
Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1  
Prólogo: Graciela González de Díaz  
Araujo  
Antóloga: Gabriela Lerga  
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester  
Trozzo
- dramaturgia y escuela 2  
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel  
Manzotti  
Textos de Ester Trozzo, Sandra  
Vigianni, Luis Sampetro
- didáctica del teatro 1  
Coordinación: Ester Trozzo, Luis  
Sampetro  
Colaboración: Sara Torres  
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2  
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II  
de Norman Briski  
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

- dramaturgia en banda  
 Coordinación pedagógica:  
 Mauricio Kartun  
 Prólogo: Pablo Bontá  
 Incluye textos de Hernán Costa,  
 Mariano Pensotti, Hernando  
 Tejedor, Pablo Novak, José  
 Montero, Ariel Barchilón, Matías  
 Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y  
 temas del teatro argentino  
 (2 tomos)  
 de Luis Ordaz  
 Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto  
 Schoo (Tomo I) - José María  
 Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios  
 teatrales  
 de Jorge Holovatuck y Débora  
 Astrosky  
 Segunda edición, corregida y  
 actualizada  
 Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro  
 para títeres  
 de Rafael Curci  
 Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes  
 de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños  
 y adolescentes  
 Prólogo: Juan Garff  
 Incluye textos de Hugo Álvarez,  
 María Inés Falconi, Los  
 Susodichos, Hugo Midón,  
 M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso,  
 Héctor Presa, Silvina Reinaudi y  
 Luis Tenewicki
- nueva dramaturgia  
 latinoamericana  
 Prólogo: Carlos Pacheco  
 Incluye textos de Luis Cano  
 (Argentina), Gonzalo Marull  
 (Argentina), Marcos Damaceno  
 (Brasil), Lucila de la Maza (Chile),  
 Víctor Viviescas (Colombia),  
 Amado del Pino (Cuba), Ángel  
 Norzagaray (México), Jaime Nieto  
 (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6  
 Obras ganadoras del 6º Concurso  
 Nacional de Obras de Teatro  
 Incluye obras de Karina Androvich,  
 Patricia Suárez, Luisa Peluffo,  
 Lucía Laragione, Julio Molina y  
 Marcelo Pitrola.
- becas de creación  
 Incluye textos de Mauricio Kartun,  
 Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral  
 en la provincia de corrientes  
 de Marcelo Daniel Fernández  
 Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro  
 manual de iluminación  
 de Eli Sirlin  
 Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales  
 argentinos 1950-2000  
 (2 tomos)  
 de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción  
 teatral 1  
 Técnicas de gestión y producción  
 aplicadas a proyectos alternativos  
 de Gustavo Schraier  
 Prólogo: Alejandro Tantanián

- hacia un teatro esencial  
Dramaturgia de Carlos María Alsina  
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente  
Cuatro obras de Arístides Vargas  
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas  
de María Rosa Finchelman  
Prólogo: Mabel Brizuela  
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular  
En los géneros sainete rural, circo  
criollo y radioteatro argentino  
de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda  
de la propia escritura  
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima  
de Sarah Bianchi  
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante  
de quién/para quién/qué/cómo  
de Federico Irazábal  
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro  
argentino -desde sus orígenes a  
la actualidad- tomo I (1800-1814)  
Sainetes urbanos y gauchescos  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel  
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7  
Obras ganadoras del 7º Concurso  
Nacional de Obras de Teatro  
Incluye obras de Agustina Muñoz,  
Luis Cano, Silvina López Medín,  
Agustina Gatto, Horacio Roca y  
Roxana Aramburú
- la carnicería argentina  
Incluye textos de Carolina Balbi,  
Mariana Chaud, Ariel Farace,  
Laura Fernández, Santiago  
Governori, Julio Molina  
y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico  
de Cora Roca  
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco  
Obras de Carlos Pais  
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9  
Obras ganadoras del 9º Concurso  
Nacional de Obras de Teatro  
Incluye textos de Patricia Suárez y  
M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto,  
Joaquín Bonet, Christian Godoy,  
Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro  
argentino -desde sus orígenes a  
la actualidad- tomo II (1814-1824)  
Obras de la Independencia  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina  
Incluye textos de Gonzalo Marull,  
Ariel Dávila (Córdoba),  
Sacha Barrera Oro (Mendoza),  
Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi  
(San Juan), Martín Giner,  
Guillermo Santillán (Tucumán),  
Leonel Giacometto, Diego Ferrero  
(Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro  
argentino -desde sus orígenes a  
la actualidad- tomo III (1839-1842)  
Obras de la Confederación y emigrados  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia  
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología  
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira  
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti  
Presentación: Alejandro Cruz  
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija de Julio Mauricio  
Coedición con Argentores  
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Armando Chulak y Sergio De Cecco  
Coedición con Argentores  
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani  
Coedición con Argentores  
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)  
Obras de la Organización Nacional  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampedro
- una de culpas de Oscar Lesa  
Coedición con Argentores
- desesperando de Carlos Moisés  
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio de Juan Hessel  
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)  
Obras de la Nación Moderna  
Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino de Cecilia Hopkins
- teatro/10  
Obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro.  
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen y Andrés Rapapor.
- la risa de las piedras de José Luis Valenzuela  
Prólogo de Guillermo Heras

- concurso nacional de obras de teatro para el bicentenario  
Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero y Cristian Palacios
- piedras de agua  
Cuaderno de una actriz del Odin Teatret de Julia Varley
- el teatro para niños y sus paradojas  
Reflexiones desde la platea de Ruth Mehl  
Prólogo: Susana Freire
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VI (1902-1908)  
Obras del siglo xx  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- antología de teatro latinoamericano 1950-2007 (3 tomos)  
de Lola Proaño y Gustavo Geirola
- dramaturgos argentinos en el exterior  
Incluye obras de J. D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thenón, A. Vargas y B. Visnevetzky.  
Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena (2 tomos)  
de Perla Zayas de Lima
- air liquid  
de Soledad González  
Coedición con Argentores
- un amor de Chajarí  
de Alfredo Ramos  
Coedición con Argentores
- un tal Pablo  
de Marcelo Marán  
Coedición con Argentores
- casanimal  
de María Rosa Pfeiffer  
Coedición con Argentores
- las obreras  
de María Elena Sardi  
Coedición con Argentores
- molino rojo  
de Alejandro Finzi  
Coedición con Argentores
- teatro/11  
Obras ganadoras del 11º Concurso Nacional de Obras de Teatro Infantil  
Incluye obras de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú y Gricelda Rinaldi
- títeres para niños y adultos  
de Luis Alberto Sánchez Vera
- historia del teatro en el Río de la Plata  
de Luis Ordaz  
Prólogo: Jorge Lafforgue
- memorias de un titiritero latinoamericano  
de Eduardo Di Mauro
- teatro de vecinos  
de la comunidad para la comunidad  
de Edith Scher  
Prólogo: Ricardo Talento

- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VII (1902-1910)  
Obras del siglo xx -1ra. década-  
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- cuerpos con sombra  
Acerca del entrenamiento corporal del actor  
de Gabriela Pérez Cubas
- gracias corazones amigos  
la deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe  
de Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe
- la revista porteña  
teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)  
de Gonzalo Demaría  
Prólogo: Enrique Pinti



**nada del amor me produce envidia**

se terminó de imprimir en Buenos Aires, marzo de 2012.

Primera edición: 0000 ejemplares.